

Los signos cambiantes de Bogotá de fines del siglo XIX y principios del XX en la novela *Según la costumbre* de Gonzalo Mallarino

Danilo Santos López

(Pontificia Universidad Católica de Chile)

1. Historia de la ciudad desde la urbe dividida, la voz dividida

La novela se hace interesante porque no es un reflejo fiel de la Bogotá colonial, como aparece en la contratapa, sino del inicio del proceso de Modernización que se instala en el país. En este caso, tienen relevancia al menos dos aspectos, uno es el central del rol del doctor y de los procesos de higienización en la Urbe a propósito de la epidemia que se desata en los prostíbulos. La otra es la separación y estratificación social que se muestra en el texto, amparada textualmente en las voces narrativas de Calabacillas y del doctor Piñedo. Mientras que al contrahecho Calabacillas le toca deambular por los sectores indigentes de la urbe, y en buena medida, el texto, le atribuye la culpa en la contaminación. El doctor Piñedo, debe zanjarse los amorosos y folletinescos que se traducen entre su atracción por la viuda Kitty Wilmott y la ex prostituta abnegada Raquel, que lo ayuda en el consultorio.

Trabajar con una novela reciente que se enfoca en el siglo XIX, no necesariamente significa traducirla en términos de un documentalismo puro, sino apreciar las posibilidades que Mallarino — que desconfía de la etiqueta de novela histórica — ha explorado abiertamente en torno al tema de Bogotá. Es por esta situación que la novela no es exactamente un registro de la evolución de la ciudad durante fines del siglo XIX, incluso cuesta datar un poco el texto, sin embargo, se deduce implícitamente por los datos entregados que nos encontramos a fines del siglo

XIX y a principios del XX. Tales datos, de hecho no siempre constituyen una fortaleza, y menos para el caso de Bogotá, que registra como lugar común el haber sido una ciudad latinoamericana en que los procesos de modernización observados en Buenos Aires, *Rio de Janeiro*, Santiago de Chile etc., son bastantes más tardíos y recién comienzan a enfocarse a partir de los años 30. Sin embargo, no todos los críticos comparten esta visión y reflexiono que esta novela colabora en mostrar ciertos elementos de transformación de la ciudad que no son necesariamente visibles externamente (como los procesos haussmanianos tan aludidos en relación a las capitales referidas).

Al no tomar la novela como documento, preferimos explorar la modernización en tanto problema de higiene, para ello, relevamos la idea de la ciudad higiénica y de los programas de la burguesía en tanto formadores de ciudadanía. Es fecundo y extraño que un texto contemporáneo y no propenso al documentalismo revele datos que uno considera tan propicios al pensamiento de la regulación moderna. En ese sentido, Mallarino no explora el panóptico de Bogotá, sin embargo, realiza un interesante recorrido por el fantasma de la sífilis que se cierne sobre la ciudad y lo que el pensamiento conservador de la regeneración puede haber equiparado a la Sodoma bíblica.

a. Calabacillas-sífilis

La novela trata de una Bogotá de fines del siglo XIX en mezcla con la de principio de siglo XX por los datos referidos a la introducción del salvarsán para combatir la sífilis. Mallarino no busca hacer un documento, aunque sí proporciona la visión de la ciudad de un modo dual, por un lado desde el conjunto de las elites, es decir del proyecto higienizador, en este caso, ligado al combate de la prostitución y, como novedad, la visión desde la marginalidad del proxeneta Calabacillas.

Así, en la novela aparece una descripción de Bogotá desde el lugar enunciativo de Calabacillas.

Voy a decir la verdad de las cosas. Con esto de la enfermedad nos ha tocado traer mujeres de Facatativá. Son indias. Están sucias. Y huelen a leche de cabra. Pero a los caballeros les gustan. Porque obedecen. Las traemos en una carreta. Al orejón que me las consigue le insisto en que tienen que estar bien sanas. No queremos que los caballeros se infecten. Las necesito para el viernes. El viernes las vamos a llevar a una casa cerca de la iglesia de Egipto. Allí las vamos a meter en una pieza con los ojos vendados. El orejón salió de la fonda después de medianoche. Yo me embocé en la capa y salí también. Atravesé San Victorino y crucé por el cementerio. Por el camino bajaban ríos de barro. No había lugar seco. Ese día había llovido en Bogotá desde las diez de la mañana. Me acuerdo bien. Estaba todo solo. Yo caminaba con miedo. Miré los muros. Las tejas rotas. Los árboles que se movían haciendo crujir las ramas. Por fin llegué al inquilinato. [...] Oí los truenos que venían de Monserrate. Pensé otra vez en mis dos pesos. El viernes a las diez de la noche estaba la carreta frente a la casa que yo había dicho. Bajé a recibir a las indias. A esa hora nadie andaba por las calles. De Facatativá habían salido a las tres de la tarde. Eran tres horas de viaje hasta la Estación de La Sabana. Después la subida hasta Egipto que era una hora más (p. 7-8).

Luego, se plantea el mundo corrupto del enano.

[Calabacillas] Cuando me pongo a tomar no voy por la casa de Chapinero. Me subo para la casa de Egipto. Bien borracho me voy para allá. Me cuida la vieja de las verrugas. La Carlina. [...] Es que ya tomado me da es por irme a buscar mujeres en los socavones del Camellón de las Nieves. Allí la cosa es horrible. Están las mujeres más averiadas de Bogotá. Y al otro día uno se pone más enfermo (p. 143).

Inicialmente, el lugar del texto presenta la visión infectada de un sujeto que aparece cargado con las entonaciones y valoraciones negativas del relato. Aún más, se insinúa que él terminará siendo el causante más o menos directo de la infección. Además de proxeneta, Calabacillas violenta a las indias, quiere corromper nuevamente a Raquel, se venga de sus antiguos patrones y secuestra a Sutileza, asesinandola a sangre fría. La novela se complace en una descripción monstruosa de un personaje que aparece revestido de los caracteres de un monstruo físicamente hablando, lo que es corroborado por los males que la sífilis va dejando en su cuerpo y en el deterioro mental que él sufre.

Incluso el refugio de Calabacillas y casa de la tragedia final ubicada en el barrio Egipto huele mal (p. 195-197).

b. Dr. Anselmo Pinedo

Mientras que Anselmo es el personaje luminoso del relato, investido con los rasgos de la ciencia y que físicamente en la descripción de Calabacillas se muestra como alguien superior al resto, por ejemplo, a Raquel, aunque moralmente el relato no avale necesariamente estos juicios al mantener una relación ambigua con la viuda de su paciente reciente, el Sr. Wilcott. Para Anselmo, Bogotá se relaciona con la luz y no con las tinieblas en las que desaparecen los caballeros que se reúnen con las prostitutas, así lo expresa cuando refiere: “Ha estado lloviendo en Bogotá sin parar. Desde por la mañana está el consultorio lleno de esa luz cenicienta de Bogotá. A las tres o cuatro ya hay que encender las bombillas” (p. 188). En esta preocupación de Anselmo también podemos percibir las relaciones que el personaje establece con la modernidad, la luz insuficiente que presagia la domesticación nocturna que trae aparejada la electricidad. Cuando traben contacto estos personajes a través de la mediadora Raquel, quien si bien ayuda a Pinedo, ha sido prostituta y en tal oficio la ha conocido Calabacillas, quien la desea para sí y para ampliar sus horizontes comerciales.

Raquel dio con una persona extrañísima que conoce todo ese mundo. Fuimos hasta Chapinero a buscarlo. Lo llaman Calabacillas. El solo nombre es una rareza. Tiene armada casa de reuniones y todo. Me pregunto a qué hora aparecen estas casas en Bogotá. Y sin que nadie se entere. Los caballeros de sociedad en Bogotá tienen ya muy arraigado ese vicio. Mientras el pueblo va a los lugares más miserables los ricos se hacen atender como si viviéramos en Europa (p. 83).

Las reflexiones de Pinedo establecen esa ambigüedad que presenta la novela en la conducta dual de los señores bogotanos, que se comportan como unos

habitantes asiduos de los prostíbulos, los que los emparentan con los otros personajes que rondan las casas de mala fama, solo que con la diferencia que establece la clase social de la que buscan ufanarse. Así, a fines del siglo XIX y principios del XX, la división social se instaura desde la postura de los caballeros en busca de prostitutas “diferentes”. Dentro de la muestra puede anteponerse la oposición entre los actores sociales de la casa de Chapinero y las propias prostitutas. En tanto actuación social, la división replantea desde los espacios y desde los actores, ya que incluso la novela abre la comercialización prostibularia desde dos casas o más casas, las ligadas al Camellón de las Nieves, que mostraba una profunda degradación y mezquindad social, y la elegante, en la que circulaban los caballeros bogotanos, ligada al barrio de Chapinero.

Incluso, así como confirma la novela, la historia de la ciudad ha planteado la división social existente entre las prostitutas, las que se dividen entre las indias, que son manejadas frecuentemente por Calabacillas y las damas caídas en desgracia y que atraen más a los caballeros de la ciudad. Así, en el siglo XIX,

Las meretrices [...] también estaban divididas en clases sociales y ejercían su ministerio desafiando no sólo la dura reprobación social, sino el riesgo de que funcionarios tan severos como el famoso don Buenaventura Ahumada las enviara confinadas a alguna región insalubre y remota. La diferencia entre unas y otras era básicamente racial, ya que las de clase baja eran por lo general indias no mestizas (GUTIÉRREZ CELY, 2007, p. 84-85).

En tanto división y cambio de la ciudad, la ubicación del prostíbulo de mayor clase en Chapinero es asociable al bienestar social del barrio y al aura de prestigio que arrastra consigo, especialmente con los cambios registrables ya a fines del siglo XIX.

[Cambios en el norte de la ciudad] Ocurría que lentamente se estaba poblando el caserío de Chapinero, especialmente con casas y quintas de recreo a donde los bogotanos solían acudir a “respirar aire puro”. [Chapinero no es considerado solo

como un lugar de veraneo sino como un reducto permanente de algunas familias bogotanas.]

Llegó incluso a pensarse, en el extremo del optimismo y de la euforia, que Chapinero llevaba trazas de convertirse en una gran ciudad independiente que llegaría a rivalizar con Bogotá. La distinción que desde entonces hacían los capitalinos entre los dos sectores era tan radical que todavía hoy quedan aún bogotanos de cepa que, cuando se desplazan del norte hacia el centro de la ciudad, hablan de “ir a Bogotá” (GUTIÉRREZ CELY, 2007, p. 30).

La idea de ciudad independiente promueve que el sector incluso alcance la independencia bogotana con la promulgación de una casa de citas independiente y creada con elementos de una mayor sofisticación y refinamiento que los que el marginal Calabacillas puede dotar en soledad a su casa de prostitución.

Aquí en la casaquinta de Chapinero las cosas no hacen sino mejorar. Ya los caballeros se han ido enterando y están viniendo de seguido. Ya tenemos salón grande con piano y todo. Tenemos cinco piezas bien aperadas y más adelante le vamos a meter mano al otro lado de la casa. Con eso saldrán otras cinco. La señora Francia más o menos conoce de adornos. Ha ido comprando sillas y lámparas y cosas. También vestidos para las internas y collares. [...] Yo sigo yendo mucho por el Centro y le doy vuelta a los lugares. Me voy por la noche ahora que la autoridad no anda por ahí. Necesito traerme mujeres nuevas. También hago viajes los domingos hasta Usaqué (p. 53).

Para ello, recurre a los conocimientos de la señora Francia y a los arreglos de la época burguesa para conquistar a un público más refinado en sus gustos.

2. El funcionamiento de la voz dual, el enfrentamiento entre la modernidad y lo antiguo (el rol de las elites y del proyecto higienista)

Sin embargo, si reducimos el esquema de lectura a una mera oposición de personas, es decir, el doctor Pinedo confrontado al proxeneta Calabacillas, pienso que obviamos temas demasiado básicos que involucra el relato respecto a la consolidación del discurso moderno en Bogotá. Esto se debe al rol que ejercieron los médicos en la ciudad y especialmente el aparato discursivo de la higiene que Mallarino cuenta que en la génesis de la novela encontró bajo la cifra del Salvarssan, respecto a la ciudad.

[Anselmo dice] He confirmado en Medicina Legal que en el último año han muerto en Bogotá veintitrés personas a causa de la enfermedad. Decidí conocer los lugares donde la gente se infecta. Visité ocho lugares de esos. Son sucios hasta el extremo. Según mis cálculos trabajan en ellos más de cuarenta mujeres. Los locales están concentrados en la plazuela de San Victorino. Dos cerca del Puente de San Francisco. Uno en el Camellón de las Nieves (p. 21).

Por ejemplo, el doctor informa del conocimiento que detenta de las víctimas de la epidemia de la sífilis y que personalmente ha transitado por los prostíbulos focos de la infección. Todo se reduce a cifras y está caracterizado por la ubicación dentro del centro de la ciudad — que ya ha empezado el proceso de expansión al norte con Chapinero —, con nombres específicos de lugares marginales-populares como plazuela de San Francisco y Camellón de las Nieves y especialmente caracterizado por la isotopía de la “suciedad”, que ya ha reemplazado a la de la infección epidemiológica.

Respecto a las descripciones del prostíbulo, el narrador de Mallarino nos informa que,

Esa casa de Chapinero vive repleta de clientes. Sobre todo el fin de semana. Si esa actividad sigue así la infección es incontrolable. Muchos caballeros de los que visitan su casa tienen que estar saliendo de allí infectados. Y si eso es así en una casa de reuniones cómo será en los socavones del Voto Nacional o del Camellón de las Nieves. Aún si el doctor Lirás logra sintetizar el 606 la pelea estaría casi perdida desde el principio. Si no creamos condiciones mínimas de salubridad en todos esos sitios estaremos siempre a la zaga. Siempre llegándole tarde a la infección (p. 86).

El doctor muestra un programa humanista, pero siempre enfocado desde la infección inicial desde la casa burguesa de Chapinero. La infección ha de ser eliminada, proyecto que es coincidente con otros elementos de la sociedad bogotana de entonces. Por ejemplo, la modernización de la policía del comisario Gilibert (2007, p. 126-127), la época de la Regeneración y la universidad conservadora a fines del siglo XIX, como se demuestra (a propósito del discurso moralista de don José Manuel

Marroquín en 1888): “Era pues, no ya la Bogotá liberal, sino la Sodoma bogotana, que iba creciendo con el siglo, lo que preocupaba a estas alturas a los pedagogos regeneradores” (GUTIÉRREZ CELY, 2007, p. 250). Sin embargo, esta visión infernal de Bogotá, es contrarrestada desde un lugar distinto por los higienistas, quienes pasan ante el atraso urbano de Bogotá pasan a ser los diagnosticadores modernos de la ciudad (ZAMBRANO PANTOJA, 2007, p. 26-27).

Mientras la ciudad crecía en habitantes, su clase dirigente permanecía impermeable a los cambios, pues en los comienzos de esta segunda década aún no pensaba en transformaciones fundamentales del esquema arquitectónico urbano, como lo estaban haciendo desde mediados del siglo XIX otras capitales iberoamericanas. Ante esta situación, fueron los profesionales de la salud los encargados de presionar la aplicación de reformas, en razón del incremento de la mortalidad causada por las pésimas condiciones higiénicas de la ciudad. [...] De modo que mientras otras capitales del continente seguían las pautas del barón de Haussmann sobre trazado urbano, avenidas y parques, en Bogotá apenas los higienistas comenzaban a clamar por reformas que permitieran a sus habitantes respirar mejor (ZAMBRANO PANTOJA, 2007, p. 26).

Y acá llegamos a un punto clave que conviene destacar y que en la novela de Mallarino juega un rol central, el del médico y el de su rol de higienista como reemplazante del diagnosticador haussmaniano latinoamericano. Si Bogotá no pudo contar con la díada destrucción-construcción, en cambio sí asumió un rol de modernización más implícito, ligado ciertamente a la conflictiva comunión de las elites bogotanas con el saber, el del discurso médico-higienista.

La medicina moderna se constituye en un conocimiento definitivo en la construcción de la Bogotá contemporánea. Son los profesionales de la medicina quienes comienzan a presionar por la adopción de cambios importantes en la ciudad, como la compra del acueducto y la construcción, finalmente, de un acueducto moderno; la aplicación del cloro al agua, y la formulación de principios de higiene que se vuelven normas sociales. Los médicos también ejercen una función de pedagogía moderna por medio de los tratados de higiene (ZAMBRANO PANTOJA, 2007, p. 248).

A los presidentes gramáticos, bien se les puede sumar a los doctores bogotanos como impulsores dentro del conflictivo tema de las elites y la burguesía

como impulsores de la modernización urbana. Esto queda más claro cuando aparece el vínculo de la salubridad con el agua, se recuerda que una historia paralela de la ciudad es la que la vincula al desarrollo de la canalización y de los acueductos en la ciudad y que fueron oportunamente diagnosticados por los médicos bogotanos.

A pesar de esto, pienso que Mallarino no ha exaltado el rol de las elites innecesariamente sino que ha destacado coherentemente el de Calabacillas y el de esos otros que están detrás de los placeres ocultos de la sociedad. De hecho, me parece observar una respuesta a esta ciudad letrada desde la irradiación de los deseos, deseo que se enfrenta al mero cálculo del número de las víctimas y que sobrepasa, por ejemplo, al narrador en el dolor por la desaparición de Antonio y la pasión amorosa por Raquel. Así, como a la pasión vengativa de Calabacillas, que destruye el mundo marginal de sus ex amigos, así como el refugio idílico de Raquel y el mundo de la ciencia del doctor Pinedo.

Resulta interesante destacar un hecho que ha sido puesto de manifiesto en la historia de la ciudad de Bogotá, y que en el siglo XIX relaciona la urbanidad de la ciudad letrada de Bogotá representada por las elites como respuesta a la democratización:

La elite bogotana consolida un modelo de urbanidad respecto a lo que considera civilización y barbarie, “El triunfo de este modelo se consigna con la presencia de gramáticos en los altos cargos del Estado” (p. 51). El progreso se ve respaldado por el proyecto culto manejado por un conjunto de eruditos.

El contraste no podía ser mayor. En ese momento, finales del siglo XIX y primeras décadas del XX, Bogotá atravesada por la peor crisis higiénica de toda su historia y la densificación obligaba a ricos y pobres a vivir dentro del mismo espacio urbano, inclusive a compartir las mismas casas, en razón del empobrecimiento general de la ciudad. En esta situación urbana, donde los pocos símbolos de jerarquización social del espacio urbano se habían perdido, la elite recurre al buen hablar, los buenos modales y el manejo de un protocolo social, como fronteras entre lo que ellos consideran civilización — su cultura — y barbarie — la del pueblo bajo y los provincianos. Estas necesidades de distinción, surgidas del desastre urbano que significaba Bogotá durante este periodo, se constituyeron en los elementos sobre los cuales se elaboró una nueva urbanidad burguesa de Bogotá, [...]. Esta imagen de ciudad culta era utilizada como frontera de diferenciación social, y con ello se fue configurando la personalidad histórica de la ciudad. Los textos de urbanidad, escritos con una gran carga pedagógica, fueron de gran importancia para exponer

lo que se consideraba como los ideales del comportamiento, el trato armónico entre las personas y la preservación de los valores tradicionales (ZAMBRANO PANTOJA, 2007, p. 53).

Sin embargo, lo que marca la división durante el siglo XIX se va a transformar durante el siglo XX en un programa de pedagogía urbana para la ciudad moderna, que incluye la higiene para la pedagogía urbana y la modernización urbana contra la ciudad maloliente (p. 245-249),

[A inicios del siglo XX, a diferencia de la Bogotá republicana en que la elite pretendía que el ciudadano representara las buenas maneras en público, la elite buscará convertir el espacio urbano en el escenario de la civilidad, especialmente esta pedagogía urbana se dará a través de los manuales de urbanidad] Estamos frente al proceso civilizador que la naciente burguesía empieza a ejecutar en la ciudad, en procura de convertir a la plebe en pueblo y a los pueblerinos en ciudadanos de una urbe moderna, que hasta entonces estaba invadida por los inmigrantes a quienes consideraban como guaches (ZAMBRANO PANTOJA, 2007, p. 245).

Las imágenes que nos dejan las descripciones de la ciudad de finales del siglo XIX y primera mitad del XX insisten en la falta de aseo, tanto en los espacios públicos como en las viviendas, además del desaseo de las personas. Por ello la urbanidad va a insistir en la vigilancia del cuerpo, tanto en su apariencia, en la fisiología, como también en lo simbólico. Así, las campañas contra el uso de la ruana se convierten en un asunto de gran importancia en la ciudad, puesto que ello pasa por la construcción de un imaginario bogotano de limpieza y aseo, tanto del paisaje urbano como de las personas; en su apariencia y olor. No se podía aceptar que una ciudad maloliente fuera el escenario de la pretendida modernización que se buscaba desde 1910 (ZAMBRANO PANTOJA, 2007, p. 246).

La frase final refiere el proyecto modernizador contenido en el programa más bien paulatino y algo invisible de cambios de la ciudad. Por lo demás, la urbe que huele mal y que está infectada no da el tono para la modernización aludida en los manuales que se buscaron implementar desde el centenario de la independencia colombiana.

Referencias

GUTIÉRREZ CELY, Eugenio. *Historia de Bogotá. Siglo XIX*. Bogotá: Villegas Editores, 2007.

MALLARINO FLÓREZ, Gonzalo. *Según la costumbre*. Bogotá: Alfaguara, 2003.

MEJÍA PAVONY, Germán. *Los años del cambio: historia urbana de Bogotá, 1820-1910*. Santa Fe de Bogotá: Centro Editorial Javeriano, 1999.

OBREGÓN, Diana. Médicos, prostitución y enfermedades venéreas en Colombia (1886-1951). *História, Ciências, Saúde — Manguinhos*, v. 9 (suplemento), p. 161-86, 2002.

SÁNCHEZ MONCADA, Marlene. La prostitución en Bogotá, 1880-1920. *Anuario Colombiano de Historia Social y de La Cultura*, v. 25, p. 146-187, 1998.

ZAMBRANO PANTOJA, Fabio. *Historia de Bogotá. Siglo XX*. Bogotá: Villegas Editores, 2007.